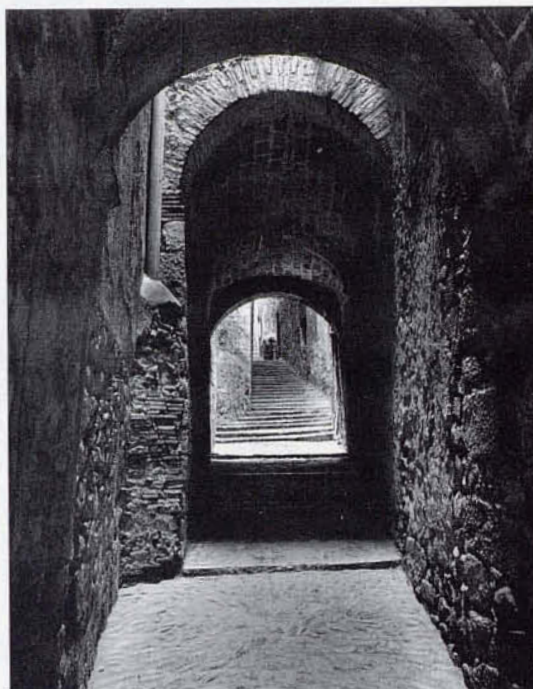


# LA HERENCIA JUDÍA DE GERONA



EN GERONA NACIÓ EL PRIMER GRUPO DE CABALISTAS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA, EL CENTRO DE LA CÁBALA CONTEMPLATIVA CON UN DESARROLLO MÁS COMPLETO, FOCO DE NUEVAS FUERZAS RELIGIOSAS EN EL SENO DEL JUDAÍSMO.

NARCÍS-JORDI ARAGÓ ESCRITOR



**A**dentrase en el barrio antiguo de Gerona es doblar, de pronto, una esquina de la Historia. Súbitamente, las calles se estrechan y se empujan; las paredes altísimas cierran el horizonte y el silencio lo invade todo como una densa niebla. Es el recinto del *Call*, el reducto urbano en el que los judíos vivieron como comunidad estable a lo largo de seiscientos años. Aquí, de 890 a 1492, padecieron crueles episodios de su destino colectivo, escribieron páginas capitales del pensamiento humano y dejaron una profunda huella en el rostro de la ciudad: lo que aún hoy se conoce como la herencia judía de Gerona.

La calle de la Força, antiguo trayecto urbano de la Vía Augusta romana, fue la arteria principal del *Call* de Gerona y el eje en torno al cual fue tejiéndose lentamente todo el barrio. Todavía hoy es visible la complicada trama de calles y callejas, acurrucadas en un sueño de piedra al pie de los altivos monumentos, con pendientes y gradas esparcidas en la abrupta topografía. El fantasmal escenario conserva todavía el hechizo de aquella época remota y permite adivinar las pisadas de los hebreos por los recodos de las esquinas, por el interior de las casas y por los jardines secretos que pueblan, clandestinamente, el laberinto urbano. Arcos y muros delimitan el espacio en el que los judíos vivieron como en un microcosmos, a la vez privilegiados y marginados, tolerados en épocas de convivencia y atacados brutalmente en los días de la ira. El barrio, ocupado en principio por veinticinco familias, llegó a tener más de trescientos habitantes y albergó, según Gershom G. Scholem, la comunidad más numerosa de Cataluña después de la de Barcelona. Desde estos grises habitáculos que parecen cristalizados en su propia humedad, los judíos gerundenses lograron ejercer una vasta influencia y proyectar su magisterio hasta horizontes lejanos.

La relación entre los judíos y el resto de los ciudadanos alternó épocas de paz con otras de persecución. Al aumentar las rivalidades, el *Call* se fue convirtiendo en un *ghetto*. Las autoridades de la ciudad prohibieron que tuviera puertas y ventanas abiertas al exterior, y en varias ocasiones fue totalmente aislado, con un único punto de acceso al recinto. Se invocaban para ello razones de protección, y

también los excesos cometidos por ambas partes: se acusaba a los judíos de intentar persuadir a los cristianos o de forzarles a comer carne en días de abstinencia, pero también se advertía que “una mujer cristiana de buena condición había cometido hechos reprensibles en casa de un hebreo” o que “las esclavas cristianas, al entrar en las casas para sacar agua del pozo, se prestaban a los impúdicos deseos de los judíos”.

A los habitantes del *Call* se les impedía salir de él sin ir vestidos a su propia usanza, para asegurar su identificación. Bajo pena de fuertes multas, debían ir cubiertos con manto y túnica y tocados con capirote y *rodella* roja. Este atavío, como la estrella amarilla bajo el nazismo, era el signo visible de su raza y el estigma de su marginación. Las ordenanzas de la ciudad les equiparaban a las prostitutas, puesto que, como a ellas, les prohibían tocar el pan, el pescado y las frutas en las tiendas y en el mercado. De vez en cuando, grupos incontrolados, exaltados por el fanatismo religioso de los clérigos, invadían el barrio por sorpresa, entraban en las casas y destrozaban cuanto hallaban a su paso ante la cómplice pasividad de los gobernantes locales. En el asalto de 1391, una multitud saqueó el *Call* y degolló a cuarenta de sus moradores.

Con todo, y pese a un clima tan enrarecido, los judíos no dejaron de influir en la vida ciudadana. Se dedicaron al comercio y a la artesanía y destacaron como negociantes de dinero y de valores públicos, prestamistas y cobradores de impuestos y rentas. Algunos alcanzaron fama en el ejercicio de la medicina, pero la gloria de la comunidad se debió a sus pensadores: Scholem dice que “en Gerona, pequeña villa catalana situada entre Barcelona y los Pirineos, nació el primer grupo de cabalistas de la península ibérica, el centro de la Cábala contemplativa con un desarrollo más completo, auténtico foco de nuevas fuerzas religiosas activas en el seno del judaísmo”. La luz encendida en las sombrías estancias del *Call* iluminó durante mucho tiempo todo el mundo judío.

Al abandonar la ciudad a causa del decreto de expulsión dictado para todo el territorio español, los judíos gerundenses dirigían tal vez una última mirada a la falda de la montaña en la que reposaban las cenizas de sus antepasados. Sus estelas funerarias —bloques de piedra de enormes dimensiones— se alinean hoy en las galerías del Museo Arqueológico. El tiempo no ha borrado sus serenas inscripciones que, más allá de los confines de la muerte, proclaman la fortaleza y la esperanza de un pueblo. ■



© ELOI BONJOCH